

Dra. Margarita Rothkopf

# TEATRO INFANTIL



“EL CHASQUE”

LAS DAMAS DE MENDOZA  
Y EL  
GENERAL SAN MARTIN

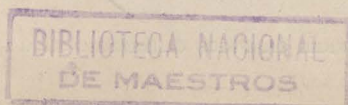


# TEATRO INFANTIL

---

*El "Chasque"*

*Las Damas de Mendoza  
y el General San Martín*



2102  
195

ES PROPIEDAD  
DE LA AUTORA

# EL “CHASQUE”

*Comedia histórica en dos cuadros*

## CUADRO I

### PERSONAJES:

DOÑA MAGDALENA DE ALMORAL (*anciana  
dama española*)

|          |   |                              |
|----------|---|------------------------------|
| REMEDIOS | } | <i>sus nietos — criollos</i> |
| MERCEDES |   |                              |
| MANUEL   |   |                              |

EVANGELINA — *esclava negra*

HIPÓLITO — *su hijo — 12 años*

|           |   |                                                 |
|-----------|---|-------------------------------------------------|
| MORENO    | } | <i>Miembros de la<br/>sociedad de los siete</i> |
| R. PEÑA   |   |                                                 |
| BERUTTI   |   |                                                 |
| AZCUÉNAGA |   |                                                 |
| LARREA    |   |                                                 |
| PASO      |   |                                                 |
| VIEYTES   |   |                                                 |

## EL "CHASQUE"

ESCENA 1.<sup>a</sup>

MISIA MAGDALENA — *dama anciana*

*Al levantarse el telón cosen a la luz. — Las jóvenes cuchi-  
chean.*

MERCEDES.—Pero ¡qué ideas tiene abuelita! ¿Qué secreto hemos de tener de Vd. nuestra buena y querida madrequita?

MISIA MAGDALENA.—Lo ignoro. Pero... algo hay, algo hay, los viejos no se engañan... En cuanto a vuestro señor hermano ¿cual es su conducta? Hacen tres días que no lo he visto más que un instante. Sí.... desde esas malhadadas invasiones inglesas la juventud criolla, ha perdido la cabeza, ya no se respeta nada, cree en su soberbia jugar con el poder real, pero, ¡bien caro pagará su osadía!...

REMEDIOS.—Abuelita ¿quiere que le sirva ya la tisana?

MISIA MAGDALENA.—¿Tisana? tisana voy a darte pícaro, quieres hacerme callar, no os agradan mis sermones. Pero yo me lavo las manos, ayer he escrito todo a vuestro padre y en estos días llegará de la estancia a quitar a su señor hijo sus aires de conspirador, y si no cede a las buenas a llevárselo al campo.

No valía la pena, por cierto, de sacrificarnos enviándole por tantos años a Chiquisaca para que a su regreso, en lugar de servir lealmente al Rey, nos avergüence con sus desvaríos. Y ahora, vamos a recogernos que es tarde ya, y mañana quiero madrugar para la misa de cinco, a rogar por vosotras mal agradecidas.

(*Se incorpora*) Virgen Santísima, no puedo con mis huesos, ayúdame Mercedita.

MERCEDES.—Sí abuelita. (*le ayuda*)

MISIA MAGDALENA.—Y tú, Remedios, deja la costura, la terminarás mañana. Vámonos a la cama.

Evangeline ¡Evangeline! ¿Te has dormido?

EVANGELINA.—Mande mi señora.

MISIA MAGDALENA.—Apaga las bujías, cierra bien las puertas y luego me llevas la tisana.

EVANGELINA.—Sí, señora.

MISIA MAGDALENA.—Vamos niñas. ¿Vienes Remedios?

REMEDIOS.—(*sale haciendo señas a la esclava*) Sí abuelita. (*salen*)

EVANGELINA.—(*sola, apaga las bujías*) ¡Santa Madre

del Salvador! ¡En qué lío me han metido las niñas! ¡Si nos llega a descubrir el ama! Hasta a mi Hipólito me lo han trastornao, ya no sueña más que con revoluciones, y habla, lo mesmo que el niño Manuel. En fin, será lo que Dios quiera. (*sale*).

## CUADRO 1.º

### ESCENA II

(*Casi en seguida aparecen Mercedes y Remedios con un candlabro*).

MERCEDES.—Tss.... ¡Despacio Remedios, por Dios! Si nos oye abuelita.

REMEDIOS.—Se ha recogido ya.

MERCEDES.—No! todavía no!

No hagas la señal! Espera un momento. ¡Tengo miedo!

REMEDIOS.—Ya han apagado la bujía.. Evangelina me lo avisa.

MERCEDES.—¡Pobre abuelita! ¡Con tal que no sospeche nuestra trama! ¡Qué pecado, engañarla a ella, que tanto nos quiere! Cuando recién nos lo reprochaba, casi me echo a llorar....

REMEDIOS.—Buen servicio le hubieras hecho a Manuel y a nuestra causa. Vamos no empieces con tus dudas y temores, ya verás como todo termina bien. Voy a avisar a Manuel. (*se acerca a la ventana y agita la luz*) Se oyen golpecitos en la puerta. ¡Manuel! ¿Eres tú?

VOZ DE MANUEL.—Sí, yo soy abridme. (*entra*) Duerme ya la viejecita?

MERCEDES.—Sí, pero ten cuidado, aun no volvió Evangelina.

REMEDIOS.—Aquí viene, timorata, aquí viene!

EVANGELINA.—La señora descansa ya, niña. Aquí están las llaves del portón, niño Manuel.

MANUEL.—¿Abriste la puerta?

EVANGELINA.—Sí, niño.

MANUEL.—¿Está Hipólito de guardia? ¡Dile que no se mueva!

EVANGELINA.—Qué se ha de mover niño, como clavao está en la puerta...

MANUEL.—Está bien, gracias vieja, puedes irte.

EVANGELINA.—(*sale suspirando*) ¡Ay Jesus, Jesus, en lo que andan Uds.

MANUEL.—Haz de nuevo la señal, Remedios, y deja la luz junto a la ventana. Eso es, gracias. Ahora idos a dormir tranquilas.

MERCEDES.—¿Dormir? ¿Cómo puedes decir eso, Manuel? Dormir, Dios mío cuando estais en tal peligro, espiados, vigilados por todos, cuando cualquier esclavo puede venderos al virrey?

MANUEL.—Vamos, vamos, valor mala patriota! ¿O es que tal vez estás por vendernos a los godos? ¿Qué peligro puede amenazarnos y quien ha de sospechar que en la casa solariega de Doña Magdalena de Almorat, la noble dama española más fiel y adicta al virrey de toda la Colonia, han de reunirse los conspiradores criollos?

REMEDIOS.—No, Manuel, dice bien, no hay ningún peligro por este lado, los criados duermen, el aposento de abuelita, queda en el ala opuesta de la casa y el fiel Hipólito está de guardia en la puerta de calle.

MERCEDES.—Además... velamos nosotras.

MANUEL.—Bien, idos que ya han de llegar. Buenas noches hermanitas, no olvidéis en vuestras oraciones a los conspiradores; tal vez en un día no lejano, os despertareis ciudadanas libres de una libre nación.

MERCEDES.—¡Oh, con qué fervor voy a rogar a nuestra Señora! ¿Vamos Remedios? ¡Hasta mañana Manuel!

REMEDIOS.—Ahí en el estante está el papel y todo.

MANUEL.—Gracias. Está bien. Buenas noches. (*salen*).

MANUEL.—(*solo pasea*) Las diez acaban de dar, ya debían de estar aquí..... No, no puede haberles sucedido nada. Hemos tomado tantas precauciones.... (*se acerca*) Nada, nada, me inquieta esa tardanza. Voy a salir a su encuentro. ¡Ah, gracias a Dios ya están aquí. Al fin. Ellos

son! Oigo sus pasos sí, sí. Esa es la voz de Rodríguez Peña y la risa de Paso. (*se acerca con la luz*) Por aquí, por aquí.

Bien venidos, compañeros

Adelante!

(*Entran seis conspiradores*) RODRÍGUEZ PEÑA, PASO, VIEYTES, AZCUÉNAGA, BERUTTI, LARREA.



R. PEÑA.—Buenas y felices noches, joven amigo.

MANUEL.—Ya me alarmaba vuestra tardanza.

PASO.—Es que al salir de la Recoba, nos pareció distinguir una sombra y temiendo ser seguidos, tuvimos que desandar el camino.

VIEYTES.—¿Estamos todos verdad?

AZCUÉNAGA.—Faltan el Doctor Moreno y el joven Berutti.

PASO.—No han de tardar. Ah! Helos aquí.

(*Moreno entra con Berutti*)

MORENO.—(*saluda*) Salud a la ilustre sociedad de los siete. (*saludos*)

MANUEL.—Bien venidos, os ruego os sentéis.

VIEYTES.—Gracias. (*algunos quedan de pie*)

R. PEÑA.—¿Así que todo está decidido ya?

MORENO.—La misma Madre patria, nos brinda la ocasión tanto tiempo esperada.

LARREA.—La noticia de la prisión del Rey ha llegado el 18 a Montevideo; hoy la conocemos nosotros y mañana todo el pueblo la sabrá.

PASO.—Naturalmente se ha de convocar un cabildo abierto.

MORENO.—Sí, si, es tiempo de proceder con energía. ¡Basta de dudas y vacilaciones! Demasiado hemos esperado ya!

R. PEÑA.—Ah! señor Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, nuestro ilustre y nobilísimo virrey. Qué lejos estais de sospechar, que mientras jugais tranquilo vuestra partida de damas, rodeado de fieles cortesanos, vuestro poder vacila y se tambalea en la sombra! ¡Ya vereis, ya vereis de lo que son capaces esos criollos que tratais con tal menosprecio!

AZCUÉNAGA.—Si el Rey está destronado ¿a quien representa el virrey?

MANUEL.—¡Abajo con él! Su hora ha sonado ya.

PASO.—¿Y si Cisneros resiste? ¿si se defiende?

MANUEL.—¿Y quien ha de defenderlo? Los patricios están con nosotros.

BERUTTI.—Don Cornelio Saavedra nos lo ha jurado, y cumplirá su promesa.

LARREA.—Y que ¿creéis por ventura, que esos bravos soldados que con tanto denuedo y admirando a los mismos ingleses con su arrojo, lucharon con nosotros, irán a atacarnos ahora?

MORENO.—¡Oh nunca, conozco a nuestro pueblo!

R. PEÑA.—Sí, la grande, la hermosa, la noble lucha comienza.

MANUEL.—Que termine con gloria y que seamos al fin, dueños de nuestra Nación, libre y soberana.

BERUTTI.—Por alcanzarlo daremos hasta la última gota de sangre.

VIEYTES.—Bien dicho.

R. PEÑA.—¡Bravo Berutti!

MORENO.—Y el mensajero ¿lo habeis encontrado ya?

MANUEL.—Sí, Doctor, aquí, en mi propia casa, es Hipólito, el hijo de nuestra vieja esclava, a quien he enseñado a amar y venerar nuestra causa. Es un muchacho valiente, leal y muy dispuesto.

MORENO.—¿Y puede confiársele tan delicada misión?

MANUEL.—Respondo de él, como de mi mismo, voy a llamarle y vos lo juzgareis. ¡Hipólito, eh, Hipólito!

HIPÓLITO.—(*entrando*) ¿Me llamaba, niño?

MANUEL.—Ven. El Dr. Moreno quiere hablarte.

MORENO.—Acércate, muchacho; tu amo nos ha dicho, que estás con nosotros y que se puede confiarte una misión delicada y difícil. ¿Sabes de qué se trata?

HIPÓLITO.—Señor, sólo se que se trata de servir la santa causa de nuestra libertad. Puede mandar vuestra Merced!

MORENO.—Correrás serios peligros.

HIPÓLITO.—No temo nada, Señor.

MORENO.—¿Conoces bien la campaña?

HIPÓLITO.—Me he criado en el campo, señor, y no me asusta un viaje a caballo por largo que sea. Tenga confianza en mí vuestra Merced, que sabré cumplir lo que me encargue.

LARREA.—Es todo un hombre tu mensajero, Manuel. Podemos confiarnos a él, cumplirá su misión como un valiente.

MORENO.—Así lo creo. Oyeme, buen muchacho. Debemos enviar una comunicación urgente a los patriotas del interior. Es un mensaje de capital importancia y tú, serás nuestro "chasque".

HIPÓLITO.—Sí, señor.

MORENO.—En este sobre están el nombre y la dirección de la persona a quien has de entregar la carta. Tal vez cuando llegues a tu destino la revolución habrá estallado ya; pero si llegaran a apresarte los españoles, no debes por nada del mundo ¿oyes? entregar el mensaje.

HIPÓLITO.—Lo defenderé con mi vida, señor.

MORENO.—Está bien, vete ahora. Eres un bravo patriota. Mañana al amanecer te pondrás en camino. Las demás instrucciones te las dará Don Manuel.

HIPÓLITO.—Que Dios conserve a vuestra Merced.

MORENO.—Adios muchacho.

VIEYTES.—Adios valiente.

PASO.—¡Buena suerte, mensajero de la buena nueva!  
(*Hipólito sale*).

R. PEÑA.—Creo que debemos separarnos ahora, nos dispersaremos como siempre en la puerta, para no despertar sospechas.

BERUTTI.—Sí. No conviene que nos vean juntos.

AZCUÉNAGA.—¿Dónde nos reunimos mañana?

MORENO.—¿En lo de Rodríguez Peña, creo?

MANUEL.—Sí, allí; está convenido.

LARREA.—Hasta mañana, pues. ¿Vamos Berutti?

BERUTTI.—Ya salgo. Voy a abrigarme, poque sopla un cierzo helado.

AZCUÉNAGA.—¡Buenas noches!

LARREA.—¡Sed puntuales!

VIEYTES.—El alba, apunta ya...

MORENO.—¡Ah! pronto no es en las tinieblas, ni ocultándonos en las sombras de la noche sino en plena luz, cara a cara al sol, que gritaremos nuestro júbilo, nuestro orgullo, nuestra gloria de ser libres!

AZCUÉNAGA.—Bien dicho, doctor.

PASO.—¡Bravo, Moreno!

VIEYTES.—Y ahora, en marcha compañeros.

MANUEL.—Vamos, id saliendo, os acompañaré hasta la puerta.

(*Salen*).

TELÓN

(*Fin del cuadro primero*)

## CUADRO II

EPOCA 1810

*Campamento de Balcarce, durante la expedición libertadora al Alto Perú.*

## PERSONAJES:

CORONEL BALCARCE

TENIENTE GONZÁLEZ — *Oficial de Balcarce*TENIENTE RUÍZ — *Oficial de Balcarce*DON MARIANO — *Gaucha viejo*RAMIRO — *Joven hijo de aquél**4 Soldados de Balcarce**Un asistente de Ocampo**Una paisana de edad**Paisanos y paisanas que bailan el pericón.*

## ESCENA I — CUADRO II

## EL CAMPAMENTO

*Los soldados y gauchos alrededor del fogón. — Algo más lejos, Balcarce y sus Oficiales*

BALCARCE.—Y el muchacho, ¿descansa todavía, Velázquez?

VELÁZQUEZ.—Duerme tranquilo, mi jefe, y no se queja ya.

TENIENTE GONZÁLEZ.—¡Que heroico niño!

TENIENTE RUÍZ.—¿Hablais del pequeño mensajero de la Junta?

GONZÁLEZ.—Cuando pienso que esa proeza, ha sido capaz de llevarla a cabo un chicuelo de esa edad, en

verdad, amigos míos, que me siento orgulloso de mi raza.

BALCARCE.—Qué admirable entereza. De regreso de Córdoba donde había llevado un mensaje al Deán Fúnes, perseguido por una patrulla enemiga y apresado después de heroica resistencia ha logrado burlar la vigilancia de sus guardianes, y herido, ensangrentado, moribundo casi, ocultándose en la maleza, se ha arrastrado hasta el campamento para poner en mis manos la respuesta del Deán que había conseguido salvar.

RUIZ.—Un pueblo así, merece ser libre.

GONZÁLEZ.—Desde que nuestra expedición, enviada por el nuevo gobierno se ha puesto en marcha, ese pueblo oprimido, esclavizado, que aun lo ignoraba todo, ha demostrado un espíritu de sacrificio, una generosidad, un patriotismo admirables.

BALCARCE.—Sí, hemos cruzado esta región en medio de un entusiasmo delirante.

RUIZ.—Ayer mismo, apenas hemos acampado aquí, han comenzado los agasajos.

GONZÁLEZ.—Sin embargo ¿habeis oído, los rumores poco tranquilizadores, que, según dicen, han llegado de Córdoba?

BALCARCE.—Ocampo no cree en el éxito de una contrarrevolución; estamos dispuestos a avanzar y a afrontarlo todo.

(*Llega un soldado*). Mi jefe. El coronel Ocampo, manda pedir a vuestra Merced que vaya con los oficiales a su tienda.

BALCARCE.—Está bien, enseguida vamos. (*al grupo*) Y vosotros, muchachos, aprovechad del descanso, pues de un momento a otro seguiremos la marcha. (*a los oficiales*) Vamos, señores.

(*Salen*)

## ESCENA II — CUADRO II

*Los mismos menos BALCARCE y sus oficiales*

VELÁZQUEZ.—Aproveche de la venia del jefe, Don Mariano, y háganos oír unas décimas, dicen que Vd. es tigre para esas cosas.

SOLDADO 1.º—Eso es, arrímese al fuego paisano.

DON MARIANO.—Con gusto voy a complacer a los servidores de la patria, pero yo ya soy viejo, y no canto, amigo. Pasá la guitarra, Ramiro, que voy a acompañarlo al moso éste. A ver hacete oír, Victoriano.

VICTORIANO.—Bueno, dele no más, Don Mariano, *(canta un estilo criollo)*.

PAISANO 1.º—¡Cantaste lindo, hermano!

RAMIRO.—Si no hay como él pa los tristes.

PAISANO 2.º—Y ahora aprontensé pa el baile, ya saben que todo el pueblo va a venir al campamento a despedir a los nuestros

PAISANO 1.º—Si han hecho unos preparatorios, ni que juera el día de la Santa Patrona del pueblo.

RAMIRO.—¿Y te parece poco lo que se festeja, hermano?

¡Ah cuando vi esta mañana, llegar al campamento, desangrándose al botija aquel, alto así y tan valiente, me dió un vuelco el corazón. Yo creo que si tata no me deja dir con ustedes, lo mesmo me hubiera escapao....

DON MARIANO.—¿Y cómo no había de dejarte marchar, botarate? ¿No soy acaso argentino? Si no juera por mis años, yo mesmo me hubiera enganchao...

VELÁZQUEZ.—Bien habla, paisano.

*Llega un grupo de paisanas.*

DOÑA CÁNDIDA.—¡Muy buenas tardes!

ROSA.—Con permiso.

VELÁZQUEZ.—Es suyo.

CARMEN.—¿Llegamos tarde?

LUCÍA.—Buenas tardes!

RAMIRO.—¡Muy buenas, prenda! ¿Y las demás, no llegan?

LUCÍA.—Sí, allá vienen llegando todas, con el vino y los pasteles. ¡Ea, pronto muchachas!

DON MARIANO.—Tomen asiento

ROSA.—No, gracias.

DOÑA CÁNDIDA.—Lo que soy yo, voy a sentarme, porque éstas lo que supieron lo del baile, me han traído sin resuello.

ROSA.—Pero mama.....

DON MARIANO.—¿Y eso que tiene de malo? Lo que es a su edad, no había pa el baile otro mas tigre que yo en el pago; pero aquí vienen todas. A ver muchachos, aprovechen el tiempo y vayan invitando las mozas para un pericón.

¿No ve que a eso no más han venío?

DOÑA CÁNDIDA.—Vd. siempre el mismo, Don Mariano.

CARMEN.—Tiene razón Don Mariano, bailemos mientras lleguen los viejos.

LUCÍA.—Es claro.

PAISANO.—Bien dicho, prenda!

*(Se baila un pericón o cielito)*

*(Mientras bailan se acerca un grupo formado por Balcarce y los oficiales).*

*(Después del baile se adelanta Don Mariano).*

DON MARIANO.—Vuestra Merced, disculparé a este pobre paisano, que mal sabe hablar, pero el pueblo me ha nombrao como el más viejo del pago, para que oferte al ejército libertador nuestros muchachos que van a pelear por la patria, y lo que lamento es que los años no me dejen marchar también en las filas.

BALCARCE.—Gracias, viejo amigo. *(se abrazan)* Vaya este abrazo en nombre de mis valientes, que han jurado como yo, morir defendiendo la libertad de nuestra tierra. *(llega un soldado).*

SOLDADO.—Mi jefe, por una orden, recién recibida el

Señor Coronel Ocampo manda levantar en seguida el campamento.

BALCARCE.—Está bien! A las filas! A formar, muchachos. Proseguimos la marcha.

*(Se oye un clarín llamando a las filas)*

*(Los paisanos y los soldados cruzan la escena con sus armas y corren a formarse. Se oyen voces de mando).*

BALCARCE.—*(Al pueblo)* ¡Hasta la vista, paisanos! Gracias y ánimo que hemos de volver triunfantes

DON MARIANO.—¡Qué Dios lo quiera, señor!

*(A Ramiro)* Portáte como un hombre, muchacho.

RAMIRO.—Sí, tata.

PAISANO 1.º—Buena suerte, compañeros.

VELÁZQUEZ.—Gracias y hasta la vuelta.

LUCÍA.—Adios

ROSA.—Que la Virgen Santísima los proteja.

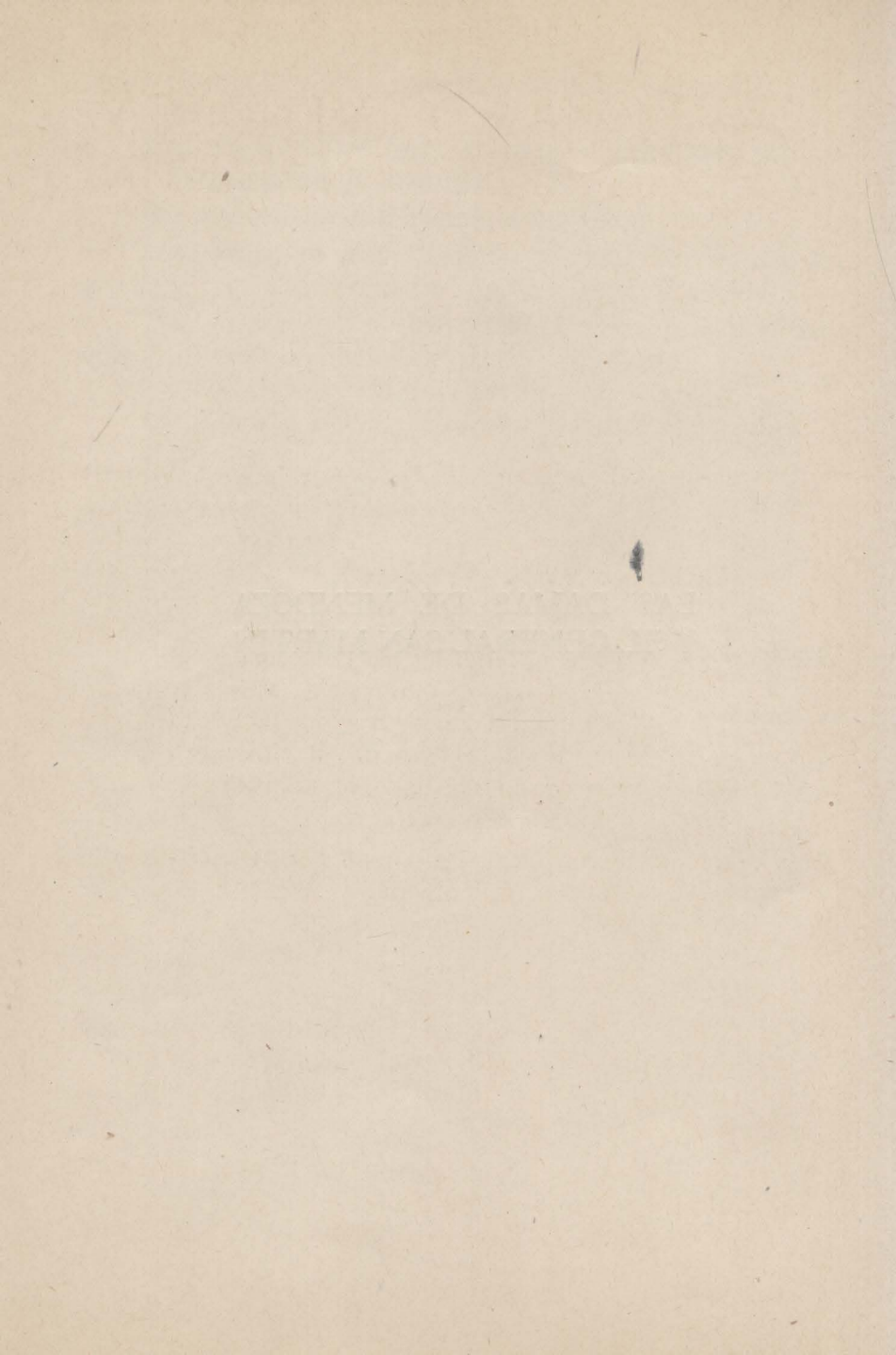
DOÑA CÁNDIDA.—*(llorando)* Adios hijo mío...

ANITA.—No llores mama. ¿No oiste que van a vencer?

*(Las mujeres saludan con los pañuelos, y el clarín se oye cada vez más lejano hasta que baja el telón).*

FIN DEL CUADRO

LAS DAMAS DE MENDOZA  
Y EL GENERAL SAN MARTIN



# LAS DAMAS DE MENDOZA Y EL GENERAL SAN MARTIN

EPOCA 1816

EPISODIO HISTÓRICO EN UN ACTO Y DOS CUADROS

## *Personajes*

GENERAL SAN MARTIN

PATRICIAS: DOÑA REMEDIOS ESCALADA DE SAN MARTÍN  
(*esposa de San Martín*)

|   |   |                                        |
|---|---|----------------------------------------|
| ” | ” | LAUREANA F. DE OLAZÁBAL                |
| ” | ” | FRANCISCA S. DE HARRIOLA               |
| ” | ” | DOLORES S. DE HUICI ( <i>Chilena</i> ) |
| ” | ” | MERCEDES A. DE SEGURA                  |
| ” | ” | EULOGIA E. DE DEMARÍA                  |
| ” | ” | DOLORES VEDOYA DE MOLINA               |
| ” | ” | MAGDALENA GÜEMES DE TEJADA             |
| ” | ” | MARÍA SÁNCHEZ DE THOMAS                |
| ” | ” | MAGDALENITA ( <i>jovencita</i> )       |
|   |   | RITA ( <i>sirvientita</i> )            |

PATRICIOS, GRANADEROS Y CABALLEROS QUE ACOMPAÑAN  
A SAN MARTÍN

## ESCENA I

*Doña Dolores, Doña Laureana, Doña María, Magdalenita (bordan una bandera). Doña Eulogia (de pie). Rita (ceba mate). Sala modesta en la residencia de San Martín en Mendoza.*

DOÑA LAUREANA. — ¡Magdalenita! Alcánzame la seda azul (*a las damas*) ¿Os parece bien así?

DOÑA DOLORES. — Este azul, Doña Laureana, lo encuentro demasiado claro.

DOÑA EUGENIA. — (*Apoyada en el hombro de Dolores*). ¡Cómo tarda Remedios!

DOÑA MARÍA. — Es que nosotros, madrugamos demasiado.

MAGDALENITA. — Dijo que estaría aquí a las nueve.

DOÑA EUGENIA. — Me parece que ahí llega (*dando unos pasos hacia la puerta*). Sí..., sí, ella es.

DOÑA REMEDIOS, (*esposa de San Martín*). — (*Entrando*) ¡Buenos días, queridas amigas!

TODAS. — ¡Buenos días, Remedios!

DOÑA REMEDIOS. — Disculpadme, si os he hecho esperar, pero, no he podido pegar los ojos en toda la noche. ¡Ah! cuando pienso que hoy es el gran día, y que yo fui capaz de guardar este secreto, tanto tiempo!

DOÑA LAUREANA. — Verdad es, que hemos urdido bien la trama. ¿Y el general, no sospecha nada?

DOÑA REMEDIOS. — Nada, querida Laureana. ¡Me ha destrozado el corazón esta mañana, su aspecto sombrío y abatido!

DOÑA DOLORES. — Pero, y las demás ¿no llegan? A qué hora vendrá San Martín?

MAGDALENITA. — (*De pie junto a la ventana*). Papá me ha dicho que vendría aquí del Plumerillo; han de llegar a eso de las diez. ¡Ah! ¡Ahí vienen todas cruzando la plaza! (*Saluda con la mano*).

DOÑA REMEDIOS. — (*Se acerca a la ventana*) ¡Pronto! ¡Pronto, perezosas, al fin han llegado! (*Entran 6 damas. Doña Dolores V., Doña Magdalena, Doña Mercedes, Doña Francisca, Doña María S., Doña María Coronel de Paso*). (*Se saludan*).

DOÑA REMEDIOS. — Tomad asiento amigas mías. (*Rita trae el mate y lo sirve*).

DOÑA LAUREANA. — ¡Al fin! Ya creíamos que no ibais a llegar.

DOÑA DOLORES V. — (*Sentándose*). Qué apuros, Dios mío! Creíamos llegar tarde.

DOÑA MAGDALENA. — Yo tuve que inventar un sermón en San Francisco, para poder escapar de casa tan temprano.

DOÑA MERCEDES. — (*que se ha acercado a las que bordan*). ¿Y esa labor adelanta? ¡Oh, qué hermoso bordado!

DOÑA FRANCISCA. — ¿Y San Martín está en el campamento? ¿No sabe aún para qué lo hemos convocado?

DOÑA REMEDIOS. — Nada sospecha.

DOÑA MARÍA S. — Sin embargo, los hombres sensatos y la prensa de Buenos Aires, consideran su plan asaz temerario y arriesgado.

DOÑA MARÍA C. DE PASO. — ¡Que Dios le ayude! ¡Lucha por una santa causa!

RITA. — (*Entra corriendo*). ¡Señora! ¡Doña Remedios! ¡Ahí llega el amo!

(*Las damas se agitan y dejan el bordado*)

DOÑA REMEDIOS. — ¡Jesús, Rita! ¡Qué manera de entrar! ¡Me has asustado! (*Sentándose*). Virgen Santísima. ¡Qué emocionada estoy! Tiemblo toda, parece-me que no podré articular una palabra!

MAGDALENITA. — (*En la ventana*). Chist. ¡Silencio! ¡Vienen ya! Corramos a nuestro puesto (*se sientan a bordar*).

## CUADRO II — ESCENA II

*Entran San Martín con sus acompañantes*

SAN MARTÍN. — (*Entrando*). ¿Me has mandado llamar, Remedios? Pero, ¿qué veo? ¡Señoras! (*Se inclina ante las damas*). Nunca os conocí tan madrugadoras. Mas ahora que reparo, tenéis un aspecto misterioso, ... ¿tal vez estábais tramando alguna conspiración?

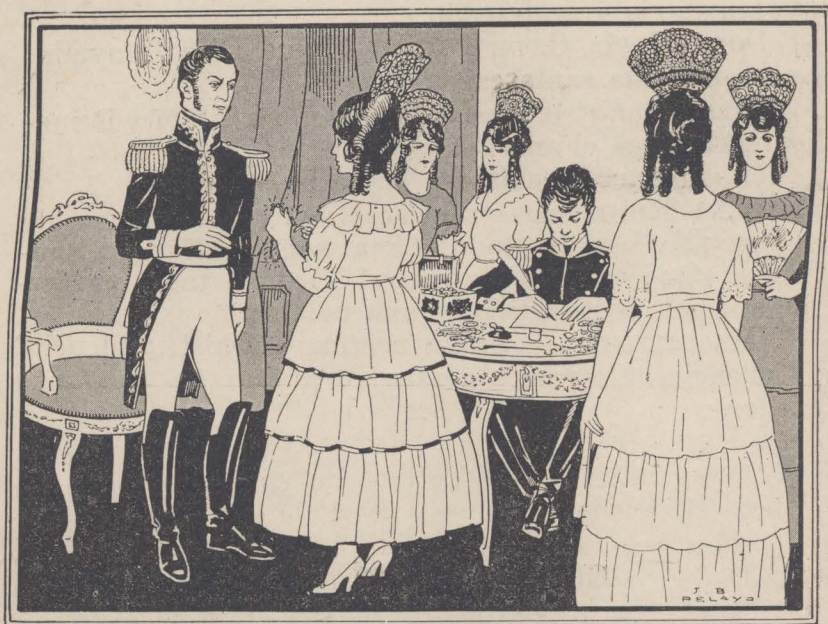
CORONEL GUIDO. — Y ¿quién será la víctima de tan gentiles conspiradoras?

DOÑA LAUREANA. — ¡Ah eso no, señor gobernador, no coronel, ni en broma deben pronunciar vuestros labios esa palabra!

SAN MARTÍN. — Tenéis razón, Doña Laureana, pero... no me explico la clave de este misterio.

GUIDO. — Estamos muy intrigados...

DOÑA REMEDIOS. — (*De pie*). Ahora lo sabréis... Sentaos amigas mías y vosotros también, caballeros. En pocas palabras os explicaré nuestra pequeña conspiración. Las damas de Mendoza, sabedoras de la



escasez de recursos con que contáis, para realizar vuestro plan, han resuelto donaros sus joyas para ayudar así a la gran causa de la independencia.

DOÑA LAUREANA. — Sí, coronel. De todo corazón, admiramos vuestra magna obra y sólo lamentamos que los trastornos y luchas políticas de los últimos años, no nos permitan ayudaros con más eficacia, éste es el único don que podemos haceros, pero sabed que si necesario fuera, las mujeres argentinas darían gustosas la vida por su amada patria. ¿No es verdad, amigas mías?

TODAS. — ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí!

SAN MARTÍN. — (*Que se ha ocultado la frente con las manos, muy conmovido*). Señoras... amigas mías. Perdonad mi debilidad. Pero me habéis conmovido tan profundamente, que he sentido estallar casi en mi pecho, mi corazón de soldado! Acepto vuestro generoso sacrificio, como el más precioso talismán de gloria, e invocando vuestro nombre ¡oh patricias argentinas! me siento capaz de todas las proezas, por conservaros esa libertad que amáis con tan heroica ternura! — ¡Señor Escalada!

ESCALADA. — ¡Mi coronel!

SAN MARTÍN. — Anotad, os lo ruego, los nombres de las donantes, y mañana daremos cuenta al gobierno de su generoso desprendimiento.

(*Escalada se sienta a la mesa y escribe durante toda esa escena. San Martín recibe de pie las alhajas que le entregan las damas*).

### ESCENA III

DOÑA REMEDIOS. — Tócame la honra de ser la primera, y felicísima dono en aras de la patria, este collar de perlas, regalo de boda de mi esposo.

DOÑA LAUREANA. — Recibid, señor gobernador, estos diamantes, que mi madre heredó de la suya, hoy es la primera vez en mi modesta vida, que ambiciosa desearía ser reina, para ofreceros todas las joyas de mi corona!

DOÑA DOLORES V. — (*Entregando una cadena que se saca del cuello*). ¡Por la libertad eterna de mi amada patria!

DOÑA DOLORES H. — Yo no soy argentina. Soy chilena. Y en nombre de mis hermanos del otro lado de los Andes, que esperan ansiosos a su libertador, os traigo en esta caja todo el oro que guardaba para el dote de mis hijas. Os ruego, además, aceptéis esta bandera, obra de nuestras manos, para el ejército de los Andes.

DOÑA EUGENIA. — Recibid también mi modesto óbolo. Y esas perlas y rubíes para bordar la bandera, que os acaba de ofrecer Dolores.

MAGDALENITA. — Esto os envía mi madre enferma, junto con su bendición.

DOÑA MERCEDES. — Aquí están los cubiertos de plata, orgullo de la casa de mi madre; cuán grande será su soberbia, si viese hoy desde el cielo, que su hija los pone en vuestras manos!

MAGDALENA. — ¡Qué brille siempre radiante y puro el sol que iluminó nuestro primer día de libertad!

DOÑA FRANCISCA. — (*Se adelanta con su hijo*). Yo, coronel, soy pobre, no tengo perlas ni diamantes, pero os traigo mi único, mi mayor tesoro! Yo tenía dos hijos: el mayor, Eduardo, murió como un valiente en la batalla de Salta, y vengo a entregaros el menor, a mi Carlos, para que viva o muera batallando a vuestro lado!

DOÑA MARÍA S. DE THOMAS. — Que volváis triunfador, es mi deseo!

SAN MARTÍN. — (*De pie*). ¡Oh nobles y abnegadas patricias argentinas! Rebosa mi alma de tanta gratitud, que no halla mi lengua palabras para expresarla. Vuestra santa proeza, la recordará la historia y la repetirán como inmortal tradición de gloria, las generaciones futuras. Yo sólo os juro morir ¡defendiendo esta enseña que han bordado vuestras manos gentiles!

FIN







BIBLIOTECA  
DEL  
TEATRO INFANTIL

---

PIEZAS PUBLICADAS

El Juramento

Los Gauchos de Güemes

El Chasque

Las Damas de Mendoza  
y el General San Martín

Patria y Caridad

La Alborada